

De lo cotidiano algo más cotidiano

Relatos impares

JULIO PAREDES

Editorial Eafit, Medellín, 2018, 131 pp., il.

UNA PALABRA: precisión. Una eficacia: sobriedad. Una decisión: despertar interrogantes. Un escritor que lo hace posible: Julio Paredes en *Relatos impares*.

Supe por medio de alguna de mis tías, o tal vez por alguna compañera de colegio, que en el periódico habían publicado una nota sobre el extraño incidente, un acontecimiento nunca antes visto en esta ciudad, que ni la policía sabía cómo resolver. A ninguno de nosotros se le permitió ver la noticia, pero parecía ser que al lado de la foto del mago ruso y su pantera salía una de mamá. (p. 103)

Se pierde la madre y, ni el esposo, ni el mago, ni la policía, ni los hijos, ni nadie sabe a dónde fue a parar. El cuento se llama “La pañoleta”, y pareciera que todo va normal: una familia que asiste a un circo. Y entonces, ocurre: la madre se ofrece a ser parte del show. Y nunca aparece. Y uno como lector se interroga: “¿Cómo así?, ¿en serio?”. Y sí, no aparece. No hay registro. ¿Quién dijo que tenía que volver?

El acierto viene siendo la conjugación de las cualidades ya mencionadas: una transparencia narrativa aunada a una fluidez discursiva. Una prosa que no se hace notar. Y una apuesta, a mi modo de ver, arriesgada: la de representar la cotidianidad suspendida de emociones. Es decir, sin aquella rima que obliga a hacer de lo ordinario algo extraordinario.

La cotidianidad sin artificios, ni malabarismos; se podría decir que sin sensibilidad, pero entonces no tendría sentido. Me explico. Si hay algo que llama la atención es que lo de Paredes es pura perspectiva. Es un giro a situaciones que parecen obvias, y lo son, pero en su escala de grises subyace color. De modo que es poético sin ser poético, es gris sin ser gris, es cotidiano sin ser muy cotidiano. Es literatura, qué más da.

Lo comprueban relatos como “Eclipse” y “La fuente oscura”, donde

la ansiedad de dos mujeres es descrita sin apelar al paroxismo emocional. En el caso de “Eclipse”, una mujer aturdida en su propio tedio, que prefiere pasar los últimos momentos de sus vacaciones en un hotel, se deja persuadir por su amiga para hacer un recorrido final. Todo parece ir bien, hasta que entra al baño y se encuentra con una imagen que la sacude: un grupo de mujeres que reciben órdenes de un sujeto. Más sugestiva es la reacción. ¿Cuál? Que la narradora decide irse sin explicaciones, sin más. Y el final del relato, que no ofrece mayores aclaraciones. Hay un mensaje entre líneas, sí, pero es el lector quien decide qué interpretar.

La tensión no resuelta en “La fuente oscura” es aún más interesante, puesto que aquí se trata de la imposibilidad de una pareja de feligreses para efectuar el acto amoroso. A lo largo del relato, la narradora intenta explicarse porqué en su luna de miel no ha sido posible el encuentro como en toda relación sentimental. Aunque hay insinuaciones, no hay respuestas. El final es sutil en su ironía:

No entendí cómo logramos sostenernos durante tantas horas, suspendidos en un silencio insensato que parecía prefigurar una penitencia implacable una vez regresáramos a Bogotá. De Jerusalén solo recordaría un clima desagradable y el ruido de la fuente en el patio interior de un hotel cercano a la Puerta de Damasco. (p. 79)

Algo equivalente podría resaltarse en “Eme”, donde la tensión es anulada. O más bien: extendida hasta el final. Una mujer sale a tomarse unos tragos con motivo de la celebración del nuevo empleo de su pareja. El licor hace mella. Todo parece difuso. De un momento a otro —tras lo que parece un altercado—, su compañero desaparece. ¿Qué se hizo? No se sabe. Lo relevante es la carga de emociones que se despiertan y luego se apagan. Y las preguntas que suscita el relato, porque un argumento puede ser eso: una incógnita.

Así, en otros cuentos como “Moriah”, “Terranova” e “Historia natural”, los personajes son abocados a situaciones inesperadas que, me parece a mí, un narrador ansioso podría aprovechar para revestir de frenesí, extravíos,

impulsos o, en general, toda esa serie de recursos manidos. Lo de Paredes es fidelidad a sí mismo. Y será cada lector (digamos que Barthes tenía razón) el que considere si corresponde a sus expectativas o preferencias estéticas.

Una digresión: es casi que un imperativo que en un libro de narrativa breve exista un relato de talla mayor. O para hacer menos pomposa la hipótesis: un cuento que resalte más que los otros. Vale la pena entonces detenerse en “La lluvia despista”, un relato elaborado a base de sospechas, de intrigas, y de las inconexiones mentales que el protagonista va tratando de hilvanar a lo largo de las páginas.

El rostro que volví a encontrar en el espejo seguía con bultos y congestión. Me pregunté qué verían los otros en ese triste desorden. Creía recordar haber pasado más de una semana bajo el sol, perdido, cayendo lentamente en la inconsciencia. Tampoco sabía con certeza si la lluvia, bajo la que temblé un par de noches, había sido real o la burla de una alucinación. (p. 32)

Habría que leer el relato entero para entender que se trata de una pieza que reúne las cualidades más destacadas del autor: un drama que no cae en el dramatismo, sobrio aun en las escenas más estremecedoras; una pregunta que trata de arrojar respuestas, pero fallece en su intento, y entonces nacen más inquietudes; el uso de símbolos, la lluvia, el reloj, y una prosa que parece pasar desapercibida, sí, pero es cuidadosa: no traspasa ni la línea del coloquialismo (tan abusado a veces), ni la del formalismo (tan tedioso siempre).

Relatos impares es un libro que reúne algunos de los cuentos de un narrador que basta leerlo para saber que se trata de un instruido del oficio. Es curioso, Julio Paredes es un escritor con un importante recorrido, pero alejado de la exposición mediática que hoy ilumina a tantos autores.

Bueno, alguna insinuación hay en uno de sus diálogos:

—Sí, es como un examen. Todos impacientes por intervenir y mostrar sus niveles de inteligencia.

—Selección natural. La ley del más vivo. (p. 118)

Jaír Villano